José Zorrilla

El desafío del diablo



GENIO MALIGNO

1845

JOSÉ ZORRILLA

El desafío del diablo

1845

GENIO MALIGNO

El desafío del diablo, de José Zorrilla (1845).

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1893. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1964.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/El_desaf%C3%ADo_del_diablo. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Introducción

Primera parte

Introducción

Nació Doña Beatriz
para monja destinada,
mas salió al mundo inclinada
y no fue eleccion feliz.

Con demasiado devoto
corazon, en su preñéz
hizo su Madre tal vez
tan desatinado voto.

Porque fué tal el tormento
que antes de nacer la dió
Beatriz, que se temió
por ella y con fundamento.

Y ella, á impulsos del fatal
dolor, á Dios hizo ofrenda
de aquella azarosa prenda
de la dicha maternal.

¿Mas por qué á Dios ofrecer
lo que otro ha de cumplir?
¿Quién puede ¡necio! decir
lo que otro ha de querer?

Ello es una aberracion,
mas ello es cierto tambien
que de estas cosas se ven,
y asi muchas madres son.

En vez de ofrecer por sí,
en mal de que bien salieron,
por sus hijos ofrecieron
¡tantos malos hay asi!

Pero ¡oh lector! felizmente
en los tiempos que alcanzamos
de estos sucesos no hallamos
ejemplos tan comunmente.

Aunque tú te acordarás
por vano que hayas el seso,
que pasaban con esceso
diez ó doce años atrás.

¿No era duelo ver un chico
de seis años enredando
por la calle, y ya arrastrando
un hábito dominico?

¿O asida á los guardapieses
de una fresca montañesa
hecha una Santa Teresa
una chica de once meses?

Asi Beatriz anduvo
toda su infancia, asi oia
las razones noche y dia
que para el hábito hubo.

Y asi pasaron sus bellos
y primeros ocho abriles,
entre juegos infantiles,
sin ver lo que iba tras ellos.

Hasta que al fin una noche
lujosamente ataviada
y de flores coronada
la metieron en un coche.

Ella al mirarse tan linda
con errado pensamiento
juzga que solo el convento
con dicha y flores la brinda.

Y el ser monja no la pesa
si siempre ha de ser querida,
como cuando recibida
fue por la madre Abadesa.

Quedóse en el locutorio
su Madre y la Superiora,
llevó, pues era hora
a cenar al refectorio.

Allí todas á porfia
las madres la acariciaron,
la dieron y la otorgaron
cuanto en gana la venia.

Asi Doña Beatriz
quedó á monja destinada
y en el convento encerrada;
mas ¿fue dentro de él feliz?

* * *

¡Ah! fueron unos tras otros
sus dulces años huyendo,
nacer en su ánima haciendo
el deseo y la razon.
Y huyéronse una por una
las deliciosas visiones,
las dichosas ilusiones

que adoró su corazon.

Sintió dentro de él entonces
desconocido, insufrible,
un deseo incomprensible,
una triste vaguedad
que turbaba eternamente
sus oraciones, sus sueños,
con recuerdos halagüeños
de otro mundo y de otra edad.

Del órgano delicioso
entre la santa armonía,
otras músicas oía
de mas alegre compás.
Y de los santos ejemplos
en las sagradas memorias
el germen de otras historias
mas sedutoras quizás.

Y ella bulliciosa un tiempo
y alegre y entretenida,
silenciosa y distraida,
y triste á andar empezó;
y oculta allá de su celda,
en un rincon solitario,
el ídolo en formas vário
de la libertad amó.

Presentáronse á su ardiente
y exaltada fantasía
los gustos á que algun dia
renunció sin grande afan;
y vió con mortal tristeza
que ahora los apetece,
¡ah! porque de ellos carece,
porque vedados la están.

Aquella verde y frondosa
ribera fresca de un rio,
que paseaba en el Estío
de la luna el resplandor:
aquella fuente escondida
del soto entre los jarales,
en cuyos frescos raudales
su sed templaba y su ardor:

Aquellos anchos balcones,
sin reja y sin celosía,
que allá en su casa tenia
la calle para mirar:
y á través de cuyos lienzos
podia tranquilamente
el tumulto de la gente
y el aire libre gozar:

Todos los dulces recuerdos
de su deliciosa infancia
dorados por la distancia
mas caros á su ansiedad,
hervian en su memoria,
despertando sus pasiones
las primeras emociones
de su juvenil edad.

Y en la orilla de aquel rio,
y en redor de aquella fuente,
y entre la turba de gente
que vía por su balcon,
tal vez alcanzaba errando
una vision hechicera
cuya sombra pasajera
turbaba su corazon.

¡Ay! exclamaba la triste,
contristaba y dolorida:
¡cuán monotona es mi vida,
cuán sin gloria y sin placer!
¿Qué es para mí el universo,
si yo cual ave entre redes
estoy entre esas paredes
condenada á nunca ver?

¿Qué valen las maravillas
que Dios sembró por su suelo
si solo alcanzo del cielo
un giron escaso y ruin,
y el cántico pasajero
de algun pajarillo errante
que se detiene un instante
en las ramas del jardin?

Asi en el fondo del claustro
donde cautiva moraba,
allá á sus solas pensaba
la olvidada Beatriz.
Y asi corriendo los años
se prepara, aunque la pesa,
á quedar monja profesa
y á no ser nunca feliz.

Mas ¡ay! que oculto veneno
de estas memorias amargas,
prensadas de horas tan largas
en la larga soledad
en su corazon fermenta,
y del corazon brotando
va en su cuerpo germinando
peligrosa enfermedad.

Profunda melancolía
el corazon la devora,
víbora desgarradora
que con él ha de acabar.
Y lenta é inextinguible
que sin descanso la deja,
fiebre ardorosa la aqueja
imposible de atajar.

Hierve en sus venas la sangre
sin alivio de un momento
acosan su pensamiento
mil delirios en tropel.
Asaltan su fantasía
mil imposibles antojos,
y llanto vierten sus ojos
mas amargo que la hiel.

Las drogas de los empíricos
no pueden con su dolencia,
ninguno logra la ausencia
de su recóndito mal.
En vano su ciencia apuran,
sus elíxires destilan
en vano, nunca aniquilan
aquella fiebre infernal.

¡Pobre niña! consumida
por fuego íntimo y secreto
busca en vano un amuleto
contra tal desolacion.
Ma en vano los Doctores
con sus brebajes la afligen,
si del mal está el origen
en su ardiente corazon.

¿Quién ocasiona sus lágrimas?
¿quién la arranca sus suspiros?
¿quién ¡ay! tan fatales giros
á sus desvaríos da?
«Lejos de mí» en los accesos
grita de su calentura!
vuestra vista es mi tortura;
¡quién de vos me librará!

Lejos de mí, lejos, lejos!
fieros espectros con tocas,
que con hipócritas bocas
me predicais la virtud,
y con fraternales manos
me estais preparando un traje
con que mas horrenda baje
despechada al ataud.

Lejos! dejadme tranquila;
me estais ahogando... dejadme;
abrid la reja, aire dadme,
quiero el aura respira...,
y asi Beatriz diciendo
se desespera y se agita
con violencia inaudita,
con iracundo pesar.

Hasta que al cabo la fiebre
la debilita y la estenúa,
y el hondo letargo atenúa
de su delirio el ardor;
y las madres aterradas
conjuran con oraciones
de sus horrendas visiones
el tropel fascinador.

Sus Padres (que al cabo lo eran)
con intento mas humano
oro médico mundano
resolviéronse á llevar,
y á pesar de los obstáculos
que las monjas opusieron,
una tarde consiguieron
hasta la celda llegar.

El Doctor, hombre de graves
conocimientos científicos,
condenó los específicos
y las drogas condenó:
y enterado de los síntomas,
con la fria indiferencia
del oficio y de la ciencia
tal plática ocasionó.

EL DOCTOR.

¿Que edad tiene esta muchacha?

El PADRE.

Quince años.

EL DOCTOR.

¿Ha profesado?

EL PADRE.

Aun está en el noviciado.

EL DOCTOR.

Pues remedio tiene aun.

EL PADRE.

Decid cuál.

EL DOCTOR.

Uno tan solo:
si adoptarlo no se quiere
esta muchacha se muere.

LA ABADESA.

Decidnos cuál, y segun...
si no es algun sortilegio
ó algun infernal conjuro...

EL DOCTOR.

Madre, aqui no hay nada impuro
por vida de Barrabás!
Yo tengo un coche á la puerta,
la vestimos al momento
y la saco del convento.

LA ABADESA.

Sacarla, Jesus!

EL DOCTOR.

No hay mas.

LA ABADESA.

Sacarla dice! que audacia!
extraer una novicia!
el Rey nos hará la justicia;
no será.

EL DOCTOR.

¿Cómo que no?
enfermo á quien tomo el pulso
y á quien remedio consigo
se salva ó muere conmigo.

LA ABADESA.

Yo haré...

EL DOCTOR

(interrumpiéndola).

Quien hará soy yo.
(al padre) Señor mio, tener hija
quereis ó no? Vamos claros.

EL PADRE.

Sí, sí.

EL DOCTOR.

Pues fuera reparos
y agarrad de ese colchon.

EL PADRE.

Qué vais á hacer?

EL DOCTOR.

A llevármela.

EL PADRE.

Y el poder de la Abadesa?

EL DOCTOR.

Si la chica no es profesa
nada puede en conclusion.
Con que asid de esas dos puntas
ó vámonos y que muera.

Y hablando de esta manera
entre el Padre y el Doctor,
á pesar de todo el claustro,
de su hija Beatriz asieron

y en el coche la pusieron;
y las mulas con vigor
arrancando les sacaron
de la grita y confusion
con que el coro de las monjas
á despedirles salió.
Y desde aqui, tras aquesta
necesaria introduccion,
toma principio la historia
¡oh carísimo lector!
Y esta no es fábula vieja
hallada en un cronicon;
no es fantástica leyenda
de que soy el inventor.
Es tal cual voy á escribirla
del pueblo una tradicion,
de boca de un pueblo oida,
siendo un viejo el narrador,
y la cual voy á contarte
como á mi me la contó.

I

En el fondo de un valle
por en medio del cual ancha vertiente
abre á sus turbias aguas un torrente
honda y torcida calle;
torrente en el Invierno
y arroyo en el Estío,
en julio despreciado, y en diciembre
con honores de rio;
cercado de peñascos y maleza
por ambos horizontes,
y hundido entre dos montes
de fértil aspereza:
en este valle, pues, y estas montañas
poseia Don Lucas de Hinestrosa,
Padre de Beatriz, quinta escondida,
saludable y frondosa,
y en el sitio mejor de ambas Españas
sentada y construida.

En Córdoba la bella,
ciudad moruna de recuerdos rica,
cuyas calles estrechas
y cuyas casas de ladrillos hechas
el gusto actual critica;
mas cuya situacion encantadora,
cuyo nombre halagüeño
como memoria de agradable sueño
el Moro aun en el desierto adora.

En aquellas montañas formidables
habitadas un dia
por viejos ermitaños venerables,
y habitadas primero
por derviches fanáticos, es donde
Don Lucas de Hinestrosa
á Beatriz esconde,
y allí, donde la cándida novicia
el aire y agua saludable goza
á su nociva enfermedad propicia.

Allí á lo menos desde la alta cumbre
libres pasean sus avaros ojos
estenso campo; y vária muchedumbre
de objetos mil distintos,
de la naturaleza mil antojos
alcanzan por los mágicos recintos
de aquellos naturales laberintos.

Alli goza del cielo
cuanto abarcan entrambos horizontes
y largo campo del vistoso suelo.
Allí en la estensa vega
que ancho el Guadalquivir fecunda y riega,
ve cubrir la magnífica campiña
el apareado olivo siempre verde,
la rubia mies y la fecunda viña,
y la estendida pita
sembrada en los vallados,
y la roja amapola que se agita
dando aroma y color á los sembrados:
y las hojas pegadas
de los higos de tuna,
de los lagartos con pasion amadas,
y de la sorda abeja acariciadas.

Y ve los anchos sotos
y las verdes dehesas
donde encerradas en campestres cotos
dan crias retozonas y traviesas
las generosas yeguas cordobesas.

Y ve la hermosa Beatriz pasmada,
desde aquellos peñascos donde habita,
la poblacion morisca coronada
por la bella y mas célebre mezquita
á los ginetes moros conquistada.

Y ve á sus pies en la montuosa tierra,
teatro un tiempo de azarosa guerra,
brotar continuamente
cercados de silvestres florecillas,
y el manantial de rumorosa fuente,
ya corpulentos robles,
ya enlazada á las hayas amarillas
con recios brazos y con nudos dobles
la cariñosa yedra
cuya oculta raiz nace en la piedra.

Allí el aire tranquilo se embalsama
con los gratos olores
que la feráz frondosidad derrama:
y se respira pura
el aura salutífera que impregnan
con su aroma las flores,
las fuentes con vapores y frescura.

Allí la limpia tmósfera armonizan
las pasajeras aves
con cánticos suaves
que los sentidos con el alma hechizan.

Y allí pasa Beatriz el tiempo breve
de la estacion florida,
rápida imágen de la corta vida
que en la tierra habitar acaso debe;

y allí pasa sus dias á lo menos,
ya que no entre placeres bulliciosos,
alegres, y serenos
y libres, con sus sueños deliciosos.

Su Padre la acompaña,
y el Doctor la visita
y en dulce soledad vive sin cuita
al mundo entero y al convento extraña.

El oro de Don Lucas de Hinestrosa
sus caprichos y gustos la previene,
y con su vida Beatriz se aviene,
y lejos del convento muy dichosa.

II

Apenas anochecía:
la luz apuntaba apenas
de melancólica luna
en una noche serena,
cuando en sabrosas memorias
y en ilusiones risueñas
embebida está Beatriz
de su alquería en la puerta.
Cómo sillon la ofrece
la espesa y humilde yerba,
y el son del aire la arrulla
que la acaricia y refresca:
sobre la rodilla el codo,
la frente en la palma puesta,
sin direccion las miradas
y sin norte las ideas,
está en una de esas horas
de misteriosa pereza,

de tranquilidad y calma
en que nada nos inquieta,
nada nos place ni turba
y nada nos interesa;
ni se sufre ni se goza,
ni se quiere ni se piensa.
De esta abstracción melancólica
que la absorve las potencias
y la embarga los sentidos,
y el ánima la enajena,
vino á sacarla á deshora
una voz sonora y recia
que la dijo: —Buenas noches,
y á la que respondió ella
con un ¡ay! que á un tiempo mismo
miedo indicaba y sorpresa.
¡Silencio! el recien venido
exclamó, y la mano asiéndola
dijo: enemigos me siguen,
pero es preciso que pierdan
mi rastro, y que yo del monte
por espesura me meta.

BEATRIZ.
¿Y qué quereis?
EL HOMBRE.

Un instante
de descanso, por las breñas
para seguir mi camino,
y si mis contrarios llegan
un rincon en que ocultarme
mientras pasa la tormenta.

Y asi, aquel hombre diciendo
entró con libre franqueza
en la alquería, y tendióse
sobre un sillon de vaqueta.
Siguióle Beatriz absorta,
y entre turbada y resuelta
sacó un velon encendido
que puso sobre una mesa:
y hácia el incógnito intruso
tendió la mirada incierta,
mas apartóla encontrando
la suya clavada en ella.
Subila á entrambas mejillas
el carmin de la verguenza
y quedó ante el forastero
de pie, y silenciosa y trémula.
Yo no se que es lo que tiene
una mirada serena,
fija, osada y sostenida
que se lanza de la negra

pupila de un ojo ardiente,
por bajo fruncida ceja
que oculta el camino cierto
que aquella mirada lleva,
y la intencion que recata,
y el sentimiento que expresa
cuando sabe uno que está
sobre su semblante puesta:
pero ello es cierto que á veces
esta mirada nos quema
con el fuego que despide
y con su peso nos prensa.
El rostro se nos enciende,
los oidos nos chispean,
y aunque no nos atrevemos
otra mirada á oponerla,
sentimos que está en nosotros
posada, y el alma inquieta
anda recelosa dentro
del corazon dando vueltas.
Tal está la pobre niña
haciendo que hace una trenza
del cordon del delantal
que en los dedos se la enreda,
mientras los ojos del hombre
siguen clavados en ella

sin apartarse un momento,
sin pestañear siquiera.
¿Qué piensa el desconocido?
¿Cuál será la consecuencia
que de su exámen deduzca?
¿será propicia ó siniestra?
¿Por qué no se desemboza
y franco el semblante muestra?
¿será deforme ó hermoso?
tal vez de un bandido sea,
tal vez de un infortunado.
De ambos quizá...! Todas estas
preguntas y conjeturas
se hace la muchacha, mientras
la contempla él de hito en hito,
mas solucion ni respuesta
para ninguna en sus datos
ne en las palabras encuentra.
Mas no duró mucho tiempo
su zozobra, una tós seca
del incógnito la puso
á sus palabras atenta.
Alzó Beatriz poco á poco
y volvió á él la cabeza,
y él que la intencion conoce
y advierte lo que desea,

viendo además que ya acaso
á ser descortés empieza,
con ella al cabo la plática
entabló de esta manera.

EL HOMBRE.
¿Cómo os llamais?
BEATRIZ.
Beatriz
de Hinestrosa.
EL HOMBRE.
De esta tierra
sois natural?
BEATRIZ.
No señor.
EL HOMBRE.
De dónde, pues?
BEATRIZ.
Madrileña.
EL HOMBRE.
Buen pais para quien puede
vivir en la Corte.
BEATRIZ.
¿En ella
no habeis nunca estado vos?
EL HOMBRE.

Si á fe mia, pero ciertas
conveniencias personales
me echaron á las riberas
que baña el Guadalquivir:
mas decidme, si indiscreta
no es la pregunta, ¿esta quinta
que estais habitando es vuestra?

BEATRIZ.

De mi Padre.

EL HOMBRE.

Y por qué causa
siendo tan niña y tan bella
en la soledad del monte
y en sus muros os encierra?

BEATRIZ.

Porque mi salud lo exige,
y los Doctores esperan
que sus aguas y sus aires
muy pronto me restablezcan.

EL HOMBRE.

¿Que mal padeceis?

BEATRIZ.

Ninguno
ya; tres meses en la sierra
me han aprovechado mucho,

mi salud casi es completa.

EL HOMBRE.

¿Y quién aquí os acompaña?

BEATRIZ.

Mi Padre y un aya vieja
con tres criados que cuidan
de la casa y de la huerta.
Aunque esta noche he oido
que es muy probable que venga
mi hermano Cárlos: mi Padre
bajó á esperarle á la vega.

Hubo aqui un punto de pausa,
tras del cual como si hubiera
sonado la hora precisa,
ú oido palabra ó seña
que aguardára el forastero
alzóse y fuese á la puerta.

BEATRIZ.

Ya os vais?

EL HOMBRE.

Si, más molestaros
no quiero con mi presencia.
Nadie hay sobre mi camino,
Beatriz, y partir es fuerza.

BEATRIZ.

En verdad, señor hidalgo,
que á mi en nada me molesta:
y si es que no os incomoda
de Padre aguardar la vuelta,
pasar en esta alquería
toda la noche pudiérais.

EL HOMBRE.

Gracias; el sitio á que voy
está, Beatriz, muy cerca,
y fuera de allí me importa
que sorprenderme no puedan.
Sin embargo, si algun dia
mi suerte fatal se trueca
y puedo con libertad
pasearme por la tierra
espero volver á veros
si es que me otorgais licencia.

BEATRIZ.

Cuando gusteis: aunque juzgo
que es cosa dificil esa.

EL HOMBRE.

Por qué?

BEATRIZ.

Porque á fin de agosto

á mi convento me llevan.

EL HOMBRE.

A vuestro convento?

BEATRIZ.

Sí.

EL HOMBRE.

¿Sois monja, pues?

BEATRIZ.

No profesa
todavía, soy novicia
desde mi infancia mas tierna,
que asi lo ofreció mi Madre
antes de que yo naciera.

EL HOMBRE.

Y vos os vais á ser monja
tan solo por su promesa?

BEATRIZ.

Esto ha de ser.

EL HOMBRE.

Pero vos
no vais, Beatriz, contenta.

BEATRIZ.

Algunos años lo estuve;
mas me puse tan enferma
despues, que fue necesario,
porque alli no me muriera,

sacarme del monasterio.

EL HOMBRE.

Y decidme, ¿qué edad era
la vuestra cuando á él os fuisteis?

BEATRIZ.

Tendria ocho años apenas.

EL HOMBRE.

¡Tiranos padres teneis
si en tal proyecto se empeñan,
y á ser hoy mi poder otro
jamás se lo consintiera!

BEATRIZ.

¡Vos abrazárais mi causa!

EL HOMBRE.

Fuera mala ó fuera buena.

BEATRIZ.

Con mi Padre os empeñárais...

EL HOMBRE.

Y le hablára en buena lengua,
tan clara y tan comprensible
que por tenáz que anduviera
pronto le convenceria.
Pero son vanas ofertas,
Beatriz, porque en este punto
yo propio amparo y defensa
necesito; mas si un dia

en trance fatal os vierais,
ó en amarga desventura,
y me veis lejos ó cerca,
venid á mí; que si un hombre
puede con brio ó destreza
sacaros de aquel mal paso
no ha de faltar quien se atreva.

Esto dicho, el forastero
sintiendo que por la cuesta
sube gente, á largos pasos
metióse por la maleza.
Y al cabo de unos minutos
asomaron por las cercas
el de Hinestrosa y su hijo,
y en su mula pelinegra
el Doctor, que ganó un pleito
contra la madre Abadesa,
y con Beatriz y su Padre
sincera amistad conserva.

III

Don Lucas. — Don Carlos, su hijo.— El Doctor y Beatriz cenando en el comedor de la alquería.

CARLOS AL DOCTOR.

¿Y qué tenemos con eso?
Porque ese hombre sea valiente
le ha de sacar su valor
del alcance de las leyes?

EL DOCTOR A CARLOS.

Mancebo, á lo que imagino
poco de esto se os entiende;
los soldados que le siguen
le respetan ó le temen.

CARLOS.

Si me contarais á mi
los milagros del hombre ese
cuando he vivido con él
mas de un año. Diez y siete
tenia cuando su casa

abandonó y sus parientes,
y sentó plaza.

EL DOCTOR.

Es exacto.

CARLOS.

A los veinte y tres y meses
dió á un capitan de estocadas
en un duelo.

EL DOCTOR.

Ciertamente,
tambien es verdad.

CARLOS.

Fué preso
y presentado á sus jueces,
y la sentencia era clara,
le condenaron á muerte.

EL DOCTOR.

Mas os habeis olvidado,
señor cronista, que fue este
el motivo único y solo
para que al dia siguiente
se alzase su compañía,
y á ella otras cuatro se uniesen,
pidiendo á voces su vida
y jurando defenderle.

CARLOS.

Todo obra de sus amigos.

EL DOCTOR.

Lo que prueba que los tiene,
que los soldados le amaban,
y que positivamente,
pues saben hoy que es su mismo
compañero, le protegen.

CARLOS.

Vaya, vaya, buen Doctor,
que si quisiera quien puede
antes de veinte y cuatro horas
habria quien le prendiese.
Y el valor no le escudára,
porque sabeis que es patente
que jugó su patrimonio,
y que dejó muchas veces
muertos en el campo á hombres
por quien llora aun mucha gente.
Y en fin, que tras muchos lances,
pobre y perseguido viéndose
por la justicia, á los montes
vino al cabo á guarecerse,
y uniéndose á los bandidos
ha venido á ser su jefe.

EL DOCTOR.

Y eso prueba, amigo Carlos,
clara y terminantemente
que es un hombre de valor,
y que alma de sobra tiene
para habérselas con todos
por astucia ó frente á frente.

CARLOS.

Y prueba que es un bandido
que su fortuna merece
y que quien asirle pueda
hace un servicio eminente
á su Patria: y si yo mismo...

EL DOCTOR.

Señor guapo, no lo dije
por tan poco; en este instante
buena ocasion se le ofrece
para el caso; él no está lejos,
con que por el monte trepe
seguro en él de encontrarle,
y sies hombre, de cogerle.

CARLOS.

Y ya se ve que lo fuera
seor galeno.

EL DOCTOR.

Seor imberbe,
no hace cuatro horas aún
que estuvo cerca, y, ó mienten
las señas de los paisanos,
ó ese sendero de enfrente
tomó, pasando delante
de vuestra puerta.

DON LUCAS A BEATRIZ.

¿Qué tienes
Beatriz? te has descolorido,
trémula estás...

EL DOCTOR

(levantándose y yendo hácia Beatriz y pulsándola.)

¿Qué sucede?
á ver, á ver, en efecto
es un vapor.

DON LUCAS.

¿Ven ustedes
lo que hacen con sus disputas
y sus historias imbéciles
de desafios y cárceles
y de bandidos y duendes?

EL DOCTOR.

Don Lucas, teneis razon,
bah, Beatriz no te alteres
de oir que ha pasado cerca
ese bandido.

DON LUCAS.

Y ya vuelve.

EL DOCTOR.

ES un hombre como todos,
y aunque prendas no le duelen
cuando juega en contra de hombres,
no es asi con las mujeres,
que es muy gallardo y buen mozo.
Un vaso de agua traedme
con un poco de vinagre:
esto no es nada: ea bebe.
No tiene nada de extraño,
todavía está muy débil.

DON LUCAS.

Juan, Ramon, luz al cuarto
de la niña y que se acueste.

EL DOCTOR.

No es preciso.

DON LUCAS.

¡Pobrecita!
¿va mejor? ¿cómo te sientes?

BEATRIZ.

Ya se me ha pasado, Padre;

fue un vahido solamente.

IV

¿Es cierto? y aquel hombre que sentado
con Beatriz estuvo fue el bandido?
¿es á quien tanto Carlos ha ultrajado
y á quien tanto el Doctor ha defendido?

Infame desertor de sus banderas,
jugador, libertino y pendenciero,
lleva sobre él las leyes mas severas...
y parece no obstante un caballero.

Es buen mozo y galan con las mujeres
segun dice el Doctor, y en desafios
siempre triunfante; en varios pareceres
puede andar su virtud, mas no sus brios.

Quiérenle sus soldados, le respetan
los mismos que condenan sus extrañas
proezas: los bandidos se sujetan
á obedecer su voz en las montañas.

Valiente en el ejército, valiente
ante el severo juez que le condena,
mira el peligro con serena frente,
y aguarda el porvenir con faz serena.

Mas si un dia, Beatriz, os veis acaso
en un trance fatal, pedidme ayuda;
si un hombre os puede echar de este mal paso
no faltará jamás quien os acuda.

Tal oferta á Beatriz hizo partiendo
por el sendero que á los montes guia,
si su suerte se cambia prometiendo
volver ante sus ojos algun dia.

Su semblante no vió con el embozo
Beatriz, ¿mas qué importa su semblante?
si ya la inclina hácia el gallardo mozo
su oferta liberal y su talante.

No fuérais al convento la previene
á poder yo estorbarlo: y el convento
asi sin fuerzas ni salud la tiene,
y es á él volverla de su Padre intento.

Luego el único ser que la es extraño,
el solo que la dan por enemigo
el solo es que se duele de su daño,
y se la ofrece valedor y amigo.

¿Y qué estrella fatal ponerla pudo
al claustro destinada aun no nacida?
¿Tiene ella un corazon seco y desnudo
de afecciones al mundo y á la vida?

Tal en su lecho Beatriz pensaba
y en tales reflexiones se perdia,
y mas la idea del convento odiaba
cuanto el tornar á él más cerca vía.

Y en estos pensamientos
su espíritu embebido,
cayó del sueño en brazos
la triste Beatriz:
y entre sus negras sombras
la sombra del bandido
se muestra, de ventura
cual precursor feliz.

Los pálidos fantasmas
de sus penosos sueños,
que en pesadilla odiosa
la asaltan en tropel,
se tornan en alegres
espíritus risueños,
que giran y que bullen
en derredor de aquel.

No alcanza su semblante
por bajo del embozo,
mas sus brillantes ojos
sobre el embozo ve,
y al fuego de sus rayos,
henchido de alborozo,
el corazón la late
cobrando nueva fe.

La oferta generosa
que con osado aliento
la hizo al despedirse,
su acento varonil
resuena en sus oidos
como de manso viento
el plácido murmullo
en el pintado abril.

Ya en sueños imagina
que espuesta en el desierto,
y abandonada y triste,
y descarriada va,
y en el lejano monte
por el camino cierto
la sombra bienhechora
para guiarla está.

Ya sueña que á la orilla
de rápido torrente
la tienen los bandidos
para arrojarla en él
y en medio de la turba
parece de repente,
y tórnanse las peñas
magnífico verjel.

Y ¡ay triste de la hermosa
que en los delirios fia
de sueños que embelesan
su mente juvenil!
de su soñado cielo
la arrojan algun dia
en el hediondo cieno
del apetito vil.

¡Ay triste de la niña
que confiada adora
el ídolo que crea
su ardiente corazon!
El frio desengaño
bajo su templo mora,
y seca con su soplo
la bella creacion.

Amor entra en su alma
como galan rendido
un porvenir mintiendo
pacífico y feliz;
mas de ella apoderado
se torna en un bandido...
¡ay! ciérrale tu alma
¡oh hermosa Beatriz!

Un vago pensamiento
que sin violencia nace
en hondo sentimiento
trasfórmase traidor.
Despues deseo ardiente,
si se desprecia se hace,
y al fin concluye siendo
desatinado amor.

V

á Córdoba fue;
su amigo el empírico
marchóse tambien.
Don Carlos habita
la quinta este mes,
y en ella se queda
Beatriz con él.

Su hermano es un hombre
nacido en Jerez,
que escupe torcido,
que mira á través,
que siempre murmura
de cuanto oye y ve,
y mas que su hermano
parece su juez.

Jamás de su parte
se quiso pone
ni de su convento

traspuso el dintel
durante su larga
dolencia cruel:
dijeran que el mozo
su sangre no es.

Doctor es en leyes,
y lo hace tan bien
que á toda la curia
la tiene en un pie:
no hay falsa escritura
ni falso poder
para el que legales
razones no dé.

El mas escribano
de cuantos se ven,
que saben un pleito
de un átomo hacer
con el siempre en falso
asienta los pies!...
que no hay quien alcance
su maña y dobléz.

Doctor es en leyes,
¡mas por san Ginés!
que nunca con nadie
guardó buena ley.

Calcule el discreto
cuán feliz va á ser
su cándida hermana
con este lebrel.

No su hermano,
su tirano
solo es;
un espectro que la espanta,
y do quiera se levanta
donde va á fijar los pies.

En su espía
transformado
noche y dia
va á su lado,
no la deja
por do quier.
No respira,
no oye ó mira,
nada intenta
que él no sienta,
que él no logre
oir y ver.

¿Qué hace en tanto
Beatriz?
sufre y calla.

Con su espíritu
batalla,
y en su llanto
melancólico
se ve bien que no es feliz.

¿Que hay oculto
que atormente
su alma cándida
inocente?
tal vez siente
su conciencia
la presencia
de un gusano
roedor?
Es el miedo
de su hermano
lo que causa su dolor?
no: es un vago pensamiento
sin contornos ni color,
que en mas hondo sentimiento
va cambiándose traidor.

Quiera Dios que no la halague
tan sutil y tentador,
que tras él la niña vague
hasta dar donde la trague
la honda sima del amor.

VI

En una de aquellas noches
sombrías y melancólicas
en que todo en torno calla
y todo en torno reposa:
en que tardía la luna
por el horizonte asoma
entre cenicientas nubes
que su luz pálida entoldan,
y en que á renovar convidan
dulces y antiguas memorias
el aislamiento del alma,
la soledad silenciosa,
la tranquilidad del mundo
y el misterio de las sombras;
noches serenas de agosto
en que se vive y se goza,
y de que nunca se olvidan
las sabrosísimas horas:

en una pues de estas noches
mas oscura que las otras,
de pechos en su ventana
está Beatriz absorta
en secretos pensamientos
y consigo mismo á solas.
El codo en el antepecho,
la sien en la palma apoya
de una mano, y la otra mano,
dejada á voluntad propia,
arranca el menudo césped
que en el antepecho brota
con la humedad de la lluvia
y en la union de las baldosas.
En su arrobamiento dulce,
sin intencion que conozca,
sin voluntad que la acuda,
sin anhelo y sin zozobra,
nada escuchan sus oidos,
en nada sus ojos posa,
su corazon nada espera,
solo pensar es su obra.
Solo en meditar se ocupa;
¿mas en qué piensa? Lo ignora.
Sucédense sus ideas
en cadena nunca rota;

nacen unas do otras mueren,
do las unas se evaporan
las otras se patentizan
mas ó menos luminosas
y sin razon ni trabajo
su inquieta mente las forja
cual brotan de un manantial
una, diez, ciento, mil gotas.
Ninguna en la limpia peña
se atropella ni se estorba,
ninguna se precipita
sin tiempo, ni se desborda;
sino que todas á un tiempo
el limpio arroyuelo forman,
y como salen de un caño
arroyo se truecan todas.
Asi Beatriz medita
en su ventana á deshoras
de la noche, y asi estando
adormida en vaporosas
infantiles ilusiones,
creyó en la empinada loma,
saliendo de las malezas,
distinguir una persona.
El corazon á su vista
con violencia latióla;

los ojos clavó en el bulto
cuyo contorno en las lóbregas
tinieblas no se distingue,
mas cuyos pasos se notan
poco á poco aproximándose
por la vereda tortuosa.
Llegó por fin; era un hombre;
y en la plazoleta angosta
que de la quinta delante
hace la terra escabrosa,
paróse como dudando
mientra á favor de esta corta
pausa pudo Beatriz
examinar su persona.
Era de alzada estatura,
de presencia muy airosa,
y andar resuelto y seguro:
su traje casi á la moda
de mil setecientos quince;
gaban cuya manga angosta
ciñe al brazo con gran vuelta
que en la muñeca se dobla.
Pequeña falda y con cuerpo
que á la cintura se abrocha
con un corchete de acero:
ancho calzon que abotona

por ambos lados, y que ata
por encima de la bota:
larga espada, gran sombrero,
y en la cinta dos pistolas,
y de una vez cercenando
descripciones enfadosas,
facha á lo Felipe quinto
(que es la edad de nuestra historia).
Tal es el hombre que espera
en la estrecha plataforma
que hay delante de la quinta,
y las señas que le toma
Beatriz, que á salvo verle
desde su ventana logra,
aunque esta es harto elevada
y la claridad muy poca.
Alzó él repentinamente
la cabeza, y retiróla
la muchacha, mas no andubo
en retirarla tan pronta
que no lo notara el hombre:
y sin duda conocióla
porque dijo con voz cauta:
«¿Por qué ocultarse, Señora?
¿por qué de un sincero amigo
recatar la faz hermosa

cuando él en su corazon
tiene estampada una copia?
Salid, pues, á esa ventana
Beatriz encantadora,
que no vereis mas que un hombre
que mas placer no ambiciona
que el de oir el dulce acento
de vuestra divina boca.»

Qué es lo que pasa por ella
Beatriz no entiende ahora:
de esta repentina y franca
declaracion amorosa
no comprende Beatriz
las palabras seductoras;
lo que escucha la enloquece,
lo que sospecha la azora.
La voz que ha oido es la misma
que oyó otra noche mas próxima,
cuando con dulces palabras
le hizo ofertas generosas.
Él es, el bandido, ¡cielos!
¿qué ha de hacer? pues que la nombra,
la ha conocido, y es fuerza
que á sus palabras responda.
Esto pensaba la niña
cuando mas recia y sonora

sonó la voz del de abajo,
aunque siempre respetuosa,
diciendo: «Si las palabras
con que os he hablado os enojan
no os asomeis para darlas
contestacion enojosa;
pero asomaos si os place
para recibir Señora
las gracias del hospedaje;
ó que teneis á deshonra
imaginaré sino
recibirlas de mi boca.»
Lo cual Beariz oyendo,
grosería parecióla
no dar alguna respuesta
á quin su callar sonroja.
Salió, pues, á la ventana,
y á no estorbarlo la sombra
mostrára el rostro modesto
mas rojo que una amapola.
Salió, mas quedóse muda,
pues de puro vergonzosa
no atinó con las palabras
para la respuesta propias.
Lo cual mirando el de abajo
de esta manera atajóla

á la ventana acercándose
para que mejor le oiga.

ÉL.

A mejorar mi fortuna
que volvería ofrecí,
mas me parece ¡ay de mi!
que os es mi vuelta importuna.

ELLA.

Yo creo buen caballero
que siempre causa un placer
tornar un amigo á ver.

ÉL.

Que tal me juzgueis espero.
Yo por mí puedo jurar,
sin hacer ofensa á Dios,
que desque partí de vos
no pensé mas que en tornar.
¿Y vos pensásteis en mí?

ELLA.

Muchas veces me acordé...
(se interrumpe.)
ÉL.
¿Os acordásteis? ¿de qué?
ELLA.

(con candidéz.)

De que estuvísteis aqui.

ÉL.

¿No os acordásteis de mas?

ELLA.

¿Y de qué mas que acordára
si el embozo de la cara
no separásteis jamás?

ÉL.

Teneis Beatriz razon,
y de esta descortesía
esta noche suponia
que me otorgárais perdon.

ELLA.

Por mí perdonado estais:
pero á fe que me alegrara
de haberos visto la cara.

ÉL.

Y ¿por qué lo deseais?

ELLA.

Porque yo siempre he vivido
como al claustro destinada,
dentro del claustro encerrada,
y alli nunca he conocido
nadie cuyo corazon

fuera conmigo sincero,
y habeis vos sido el primero
que me ha mostrado aficion.

ÉL.

No habeis amado jamás?

ELLA.

A Dios y á mis Padres sí,
que á ninguno conocí
que me interesára más.

ÉL.

Pues yo os juro Beatriz
que á lograr yo interesaros
y mi amor comunicaros
fuera el hombre mas feliz.

ELLA.

Con que me amais?

ÉL.

Sí, á fe mia;
de veros desde el momento
no tuve otro pensamiento
ni de noche ni de dia.
Por veros un solo instante
no conociera temores
á los peligros mayores
que encontrára por delante.

ELLA.

Callad, callad.

ÉL.

Oigo ruido.

ELLA.

Van poco á poco una llave
volviendo... mi hermano es ese;
santos del cielo amparadme.

ÉL.

Pedid solo á Dios por él
si es que os maltrata cobarde.

ELLA.

¡Ay! huid, que os va á matar.

ÉL.

Me conoce lo bastante
para tenerme respeto.

ELLA.

No. Idos.

Él.

Voime si os place.
Hízolo asi el misterioso
galan, lijero alejándose
como un gamo, y se perdió
por entre los matorrales.
Mas trémula é insegura
que las hojas de los arboles

quedó en la reja Beatriz
sin atreverse á quitarse.
Abrió á muy poco la puerta
su hermano, y á todas partes
mirando y viendo á su hermana
díjola airado: ¿qué haces?

BEATRIZ.

Nada, turbada repuso.

CARLOS.

Con quién hablabas?

BEATRIZ.

Con nadie.

CARLOS.

Pues jurára que oí voces.

BEATRIZ.

Seria el rumor de el aire.

Tosió Carlos, y entre dientes
murmurando airada frase
que ella no oyó, dijo recio:
«Ea, á cerrar y á acostarse.»
Cerró Beatriz las maderas,
mas al postigo quedándose
vióle tomar el sendero
que el forastero tomó antes.
Siguiéronle con afan
sus ojos, mas un instante

bastó á que se le ocultaran
los espesos matorrales.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

VII

Segunda parte

VII.

Despues de mas de una hora
de muy zozobrosa espera
los ojos de Beatriz
alcanzaron, de la espesa
sombra del monte saliendo,
y avanzando por la senda,
dos bultos que mas se aclaran
como á la quinta se acercan.
Conforme fueron llegan
fue su mano dando vuelta
al postigo por do mira,
y cuando ellos á la puerta
se pararon de la quinta,
oculta en la sombra ella,

ve y oye de la ventana
por una rendija estrecha.
Su hermano y el otro son;
y entrambos con voz resuelta
exige el uno, y el otro
resiste, desoye y niega:

EL BANDIDO.
Carlos, piensa lo que haces.
CARLOS.
De mas lo he pensado.
EL BANDIDO.
Piensa
que son ciertas mis palabras
y seguras mis promesas.
Yo tengo en la Corte amigos,
y uno á cuya voz primera
el Rey ha de dar por buenos
mis delitos y proezas.
Héle salvado dos veces
la vida en liza sangrienta,
recibiendo una lanza
que me hizo quedar en tierra,
y á él estaba dirigida;
y en el punto en que yo quiera
en nombre de aquella lanza
valerme de sus ofertas

todo ha de ser olvidado,
todo, ¿lo entendeis?

CARLOS.

Muy buenas
serian tus esperanzas
como realizables fueran.

EL BANDIDO.

Pues bien, hay mas todavía:
toda la provincia entera
de mis asaltos nocturnos
con ira y pavor se acuerda;
los comerciantes mas ricos
aun inútilmente esperan
cantidades que en sus cajas
como déficit se cuentan.

CARLOS.

¡Tú propio de ello te alabas!

EL BANDIDO.

Escúchame y ten paciencia.
Yo nací rico, lo sabes;
los juegos y las pendencias,
en fiestas y en medicinas
sorbieron toda mi hacienda.
Soldado fuí, y honra tuve;
si una palabra en mi ofensa

del Rey abajo me dijo
alguien, le arranqué la lengua.
Me desterraron y huí;
mas me agovió la miseria,
y tolerarla no puede
quien no nación para ella.
Acogíme á las montañas,
juntéme con gente fiera
de la sociedad lanzada
por sus costumbres perversas.
La educacion y el valor
diéronme ventaja inmensa
sobre estas hordas salvajes,
y bien con maña ó con fuerza
hoy á mi voz obedecen
y me veo á su cabeza.
No se ha dado golpe en vago;
inmensurables riquezas
han venido á mi poder,
mas ¿sabes lo que hice de ellas?
con el oro que yo robo
otra persona comercia,
paga y mantiene mi gente,
y con secreto almacena
todas las prendas robadas
anotando nombre y señas

de sus dueños, á quien deben
volver cuando me convenga.
Yo no supe vivir pobre;
¿quién fiarme una peseta
sabiendo quien soy querria?
y en situacion tan extrema
lo que de grado no hallára
pensé en hallarlo por fuerza.
Todo el mundo me prestó
lo que en verdad no quisiera,
y á todo el mundo le debo
por mi valor mi riqueza.
Ahora bien, Carlos respóndeme.
Yo estoy pronto á dar mis cuentas
y á volver el capital
con que he rehecho mi hacienda:
el Rey me ofrece un indulto,
y gracia de una bandera
si al servicio de las armas
quiero volverme... Contesta,
todo en gracia ha de caer
en obsequio á la manera
con que ha sido hecho, ¿tu hermana
podrá entonces ser la prenda
de la dicha que me alcance?

CARLOS.

Nunca.

EL BANDIDO.

Carlos, mira y piensa
que en ello va mi fortuna
y aun mi virtud venidera.

CARLOS.

Nunca.

EL BANDIDO.

Ve miserable
tu mezquindad manifiesta;
veo que aun no has olvidado
la bailarina francesa.

CARLOS.

Ni la olvidaré jamás.

EL BANDIDO.

Tienes el alma mas negra
que la crin de mi caballo
si la memoria conservas.
Ella eligió entre los dos.

CARLOS.

Lo sé.

EL BANDIDO.

¿De qué pues te quejas?

CARLOS.

Basta, Cesar; buenas noches.

EL BANDIDO.

Atiende, Carlos, espera.

CARLOS.

Es inútil cuanto digas.
Ya has oido mi respuesta
y ni olvido ni perdono.

EL BANDIDO.

Entonces Carlos recuerda
que te fié mis secretos
y guardarlos me interesa.
No abuses de ellos.

CARLOS.

Haré
lo que mejor me convenga.

EL BANDIDO.

Mas al mirar tu interes
ve tambien mi conveniencia,
porque uno con otro al cabo
tendremos que arreglar cuentas,
y ¡ay del que alcanzando quede!

CARLOS.

A sí cada cual atienda.

EL BANDIDO.

A sí cada cual... comprendo
tus miserables ideas,
la inmensurable avaricia
que tu alma mezquina alberga.
No es el voto de tu Madre
lo que al monasterio lleva
á Beatriz, de Don Lucas
no es, no, la invencible y terca
preocupación; tú solo
viva en el claustro la entierras.
Tú, solo tú, que en el oro
el móvil de tu existencia
tienes puesto: si; tú, Carlos,
que apeteces sus haciendas,
y para unirlas en tí
las intrigas no escaseas
ni escrupulizas los medios.
Mas vive Carlos alerta.

CARLOS.

Y alerta tú, miserable,
vive tambien, porque llega
el dia de la justicia.

EL BANDIDO.

Ten Carlos la torpe lengua,

que si llega el de la tuya
y es de Dios justicia recta
no sé yo cual de los dos
llevará peor sentencia.

CARLOS.

Sin apelas á ese fallo
jueces hay sobre la tierra.

EL BANDIDO.

(con desprecio.)

Jueces hechos de abogados
como tú, que se reservan
la justicia para sí,
y para el prójimo piedras.

CARLOS.

Sea por fin como fuere
no ahondemos mas la materia,
y que piense cada cual
como mejor le parezca.
Y acabando de una vez,
sea el motivo cual sea,
ya mi sórdida avaricia,
ya la maternal promesa,
ha de ser monja mi hermana
ó cuanto valgo me cuesta.

EL BANDIDO.

Pues de una vez acabando,
Carlos, fuere la que quiera
mi razon, ya el odio á tí
ó mi amor para con ella,
tu hermana no será monja
ó me cuesta la cabeza.

CARLOS.

Pues si estimas un aviso
y en los hombros te interesa
conservarla, desde ahora
por esta quinta no vuelvas.

EL BANDIDO.

Sea Carlos como quieres,
y si es que la tuya aprecias
no habites mucho esta quinta,
que es muy fragosa la sierra,
y al bajar alguna vez
por resbaladiza senda
puedes tropezar y hacerte
pedazos entre las peñas.

CARLOS.

Conozco el piso.

EL BANDIDO.

No fies.

Y á Dios Carlos.

CARLOS.

A Dios Cesar.

Echó Cesar por el monte,
atrancó Carlos su puerta,
cerró Beatriz el postigo,
y quedó muda la escena.

VIII

Todo lo oyó Beatriz: todo lo sabe,
y en lágrimas deshecha
lo irrevocable de su mal sospecha,
concibe al fin lo que en su hermano cabe.
Ve su avaricia y la fatal venganza
que en Cesar tomará, su amor primero
no olvidando jamás, con la esperanza
de á su hermana perder y al bandolero.
Todo lo sabe, sí; que en noble cuna
arrullado el bandido,
de enemiga fortuna,
vejado y perseguido,
sus bienes y sus grados ha perdido,
sus virtudes tal vez una por una;
mas, ¡por Dios! que noble todavía
de una pasion purísima instigado
recuerda con honor que fue soldado,
recuerda su valor y su hidalguía;

y los medios buscando, á la carrera
volver intenta de la edad primera.
Él se batió animoso
por su Patria y su Rey; íntima, franca
conserva con un noble poderoso
ilesa su amistad, y esta le arranca
del deshonor en que olvidado vive
si admite sus propuestas,
y por viejo favor, favor recibe.
La larga cicatriz de la lanzada
por aquel recibida,
al noble impone obligación sagrada
de pagarle la vida con la vida;
y á su honor tornará y á su grandeza,
y las fieras hazañas
de que el héroe fuera en las montañas,
miradas á través de su nobleza,
y á través de su ingenio y del indulto,
ya no serán por crímenes tenidos
sino por hechos de jigante bulto;
y tornará al ejército siquiere,
y tornará á la Corte,
ó vivirá feliz si le pluguiere
en el lugar donde morar quisiere
con elegida y cándida consorte.

Asi pensaba á solas en su lecho
la hermosa Beatriz, y asi crecia
el escondido amor que está en su pecho
aumentando ó calmando su agonía.
Y las dulces palabras del bandido,
y de su voz el mágico sonido
y la bizarra y varonil figura
de aquel gallardo rey de la espesura,
y la grata memoria
de su varia y novelesca historia,
de sus fuegos antiguos y amoríos,
apuestas, desafios,
y otros lances mas serios
velados en recónditos misterios,
todo á su mente vivo se presenta,
y todo ello acrecienta
la oculta simpatía
que ya por él sentía
desde la noche que á la quinta vino
por los montes huyendo del destino.
Y todo esto que atiza
el fuego de un amor que aun no concibe,
el objetivo á sus ojos diviniza
que á su pesar en su memoria vive.
Y con su imagen sueña,
y en delirio amoroso

como espíritu errante y luminoso
la contempla vagar de peña en peña
un porvenir mintiéndola dichoso.
«Ven, la dice tendiéndola los brazos
el fantasma hechicero,
ven; las torpes cadenas haz pedazos
del tirano poder que te sujeta,
y en brazos del perdido bandolero
encontrarás la libertad completa.»
Y sueña que la toma
la amiga aparicion sobre sus alas,
y va de loma en loma,
y va de cumbre en cumbre
á la pálida lumbre
de luna vaporosa
viendo la creacion maravillosa;
y descubriendo en los hendidos cascos
de los rudos y altísimos peñascos
los frescos manantiales transparentes
que lanzan por las peñas sus vertientes,
y en los valles frondosos
tornados en arroyos cauladosos,
ó en fuentes cristalinas,
fecundan florecillas peregrinas
y espesas arboledas
de extendidos pinares y alamedas.

Y en medio del espacio la parece,
do el aire se refresca y se enrarece,
que alcanza de esmeraldas y topacios,
pagodas y palacios,
y las nubes con mágicos celajes
figuran sutilísimos encajes,
ejércitos de sombras caprichosas,
ya fieras ya graciosas,
que cruzan en diversos pelotones
del aire azul las cóncavas regiones.
Todo esto enamorada
sueña talvez, llevada
en brazos de la sombra que la hechiza,
de la bella vision que diviniza.
Mas, ¡ay! que allá á lo lejos
de un astro ensangrentado á los reflejos
en nubarron de cárdenos colores
preñado de vapores,
de su camino en la mitad se lanza
el pálido fantasma de su hermano,
y rompe sus delirios de esperanza
con enemiga é iracunda mano,
y agitada despierta
de la efectiva realidad incierta.
¡Ay triste... triste Beatriz que adora
un delirio no mas! cuantos dolores

te va á traer la venidera aurora
tras esos pensamientos seductores.
¡Ay pobre Beatriz! suspira y llora.

¿Qué hace entretanto Carlos?
¿sueña tambien exaltacion futura?
¿tendrá al fin que dejarlos
realizar sus amores, su ventura?
¿cederá del bandido
al genio emprendedor? ¿teme su enojo?
témelo, si; mas corazon torcido,
pérfida hipocresía
á oponer va á su arrojo,
y en su destreza y sus amaños fia.
Cerrado en su aposento,
cuando aun apenas amanece el dia,
en planta pone su traidor intento:
y á la sed de venganza que le agita
el corazon cobarde le palpita.
En sus labios que el miedo descolora
brilla sonrisa atroz; honda revelan
sus pardos ojos intencion traidora,
y las miradas de sus ojos hielan
dificilmente toma
la desigual respiracion, y el pecho
que corroe del crimen la carcoma,
presta al aire sutil ámbito estrecho.

Y le tiembla la mano
mientras guia la pluma
con que el intento que emprendió villano
en billete fatal traza y consuma.
Dos veces le leyó despues de escrito,
dos veces le dejó sobre la mesa,
hasta que halló que en el papel maldito
su voluntad con su diccion expresa.
Otra vez todavía
le repasó al cerrarle,
y á cada doble que al papel hacia
aun tornaba un momento á repasarle.
Cerró el billete al fin, púsole oblea,
y á un jayan despertando
que en cercano aposento está roncando
y en quien peligro no hay de que lo lea,
toma, le dijo: á Córdoba volando!
lleva á mi Padre ese papel al punto:
y cuenta con que abrevies el camino,
que si en horas no llega á su destino
y no logro mi afan eres difundo.
Partió el jayan, y decidido fuése
á obedecer sumiso,
mas que al jaco que monta harto le pese
el trotar cuesta abajo y por mal piso.
Desde la alta ventana á que se asoma

vióle Carlos doblar la enhiesta loma,
un «Dios con bien te lleve» murmurando
y un segundo billete comenzando.
Mas breve y mas conciso que el primero
fue aquel, y con mas prisa concluido,
aunque con mas cuidado conducido,
á manos del bizarro bandolero.
Un ladino mancebo, tosco y astuto,
largo en malicia si de porte bruto,
se encargó del mensaje,
preparando con tiento en su memoria
una fingida historia
del término y motivo de su viaje.
Cuyas dos cosas juntas,
carísimo lector, como que tienen
de misterio sus puntas,
al caso en este número no vienen,
y á mas siendo (á mi juicio) mas perfectos
los relatos y escritos
do las causas se ven por los efectos,
porque escusan prefacios infinitos.
Informarte prefiero, y que se me antoja
á vuelta de esta hoja
de lo que sucedió con los billetes,
y á ello es fuerza lector que te sujetes
aunque la relacion quede algo coja.

IX

En la noche de aquel dia,
noche negra y melancólica
en que todo en torno calla
y todo en torno reposa:
en que tardía la luna
por el horizonte asoma
entre cenicientas nubes
que su luz pálida entoldan,
y en que á renovar convidan
dulces y antiguas memorias,
el aislamiento del alma
la soledad silenciosa,
la tranquilidad del mundo
y el misterio de las sombras,
de pechos en su ventana
está Beatriz absorta
en secretos pensamientos
y consigo misma á solas.

El codo en el antepecho,
la sien en la palma apoya
de una mano, y la otra mano,
dejada á voluntad propia,
arranca el húmedo césped
que en el antepecho brota
con la humedad de la lluvia
y en la union de las baldosas.
Mas no cual la noche última
hoy en lo que piensa ignora;
no se elevan sus ideas
en cadena nunca rota,
naciendo unas do otras mueren,
y donde unas se evaporan
las otras patentizándose
mas ó menos luminosas
cual brotan de un manantial
una, diez, ciento, mil gotas;
no, que esta noche bien sabe
lo que piensa y lo que llora.
Todo el dia en su aposento
se estuvo encerrada y sola
pretestando una dolencia,
mas de su hermano la cólera
temiendo y las invectivas;
y Carlos que al plan que forja

mucho su ausencia conviene
para que no la conozca,
pretestando al par negocios,
pasó la jornada toda
encerrado en su aposento
devorando su zozobra.
Así todo el dia tuvo
libre Beatriz, y en penosas
reflexiones malgastándola,
hasta que la noche lóbrega
por la enmarañada sierra
tendió su manto de sombras
y ella salió á la ventana.
Zumbaba en las ramas sorda
a voz del viento, doblando
y estremeciendo las hojas,
y los picos de las peñas
á lo lejos, y las copas
de los árboles fingian
mil visiones espantosas;
enormes masas sin luz
en cuyas enormes formas
la imaginacion mil fieras
apariciones coloca.
De este nocturno paisaje
la relacion misteriosa

con sus ideas contempla,
y no tan encantadora
la sonrie su esperanza
cual pensó la noche próxima;
y el mar de su porvenir
mas recio viento alborota.
Las palabras de su hermano,
la resolucion briosa
del bandido, guerra abierta
entre ambos á dos denotan.
Ofensas hay por en medio
que se hermano no perdona,
secretos hay que el bandido
defenderá á toda costa.
Monja ha de ser (dijo Carlos)
aunque cuanto valgo exponga.
Si va mi cabeza (dijo
el otro) no será monja.
Nada la dijo su hermano
en palabras injuriosas,
en denuestos ó amenazas;
aun no ha expresado su cólera,
ni aun se ha puesto ante su vista,
lo que prueba que recóndita
lleva la hiel preparada
de una venganza traidora.

Asi Beatriz medita
en su ventana á deshoras
de la noche, y asi estando
cercada de pavorosas
aunque fundadas visiones,
creyó en la empinada loma,
saliendo de las malezas,
distinguir una persona.
El corazon á su vista
con violencia latióla;
los ojos clavó en el bulto
cuyo contorno en las lóbregas
tinieblas no se distingue
mas cuyos pasos se notan
poco á poco aproximándose
por la vereda tortuosa.
Llegó por fin; era un hombre;
y en la plazoleta angosta
que delante de la quinta
deja la tierra escabrosa,
paróse como dudando.
Y al verle, la sangre toda
de Beatriz, aterrada,
al corazon se la agolpa.

EL BANDIDO.

Me esperábais.

BEATRIZ.

No por cierto,
y la Virgen piadosa
me olvide si esta venida
no es un gran pesar ahora.

EL BANDIDO.

¿Cómo pesar? ¿y la carta?

BEATRIZ.

¡Carta!

EL BANDIDO.

Expresiva, amorosa,
aunque indicando temores
y augurándome zozobras.
Leal vuestro mensajero
me la entregó en mano propia,
señalando el mismo sitio
que anoche y la misma hora.

BEATRIZ.

Mirad que yo no os entiendo.

EL BANDIDO.

(mirando en derredor.)

(Habrá moros en la costa
y disimula por eso.)

BEATRIZ.

Vuestra merced se equivoca:
yo no escribí carta alguna.

EL BANDIDO.

Aunque no entiendo, Señora,
el empeño de negármelo
cuando son justas congojas
las que la oculta venganza
de Carlos os ocasionan,
decid qué quereis de mí;
¿qué es lo que os place que oponga
contra sus pérfidos planes?
Si con maña artificiosa
le contrarreste, ó la fuerza
con la fuerza corresponda.
Vuestro esclavo soy, y el serlo
tengo á suerte tan dichosa
que nada puede arredrarme
por la que mi alma adora.
Conozco de vuestro hermano
la condicion ambiciosa,
y la suerte que os aguarda
si sus intenciones logra.
Si la fortuna le ayuda
libertad y hacienda os roba,
pues vuestro encierro y clausura

sus negros proyectos colma.

Iba á contestar Beatriz
á ofertas tan generosas
agradecidas palabras,
cuando á las aterradoras
voces de ¡*asirle*! ¡*matarle*!
como aparecidas sombras
por la puerta de la quinta
salieron varias personas
con arcabuces y sables,
con puñales y pistolas.
Ese es! ese es! exclamó
Don Carlos con voces roncas,
y se le echaron encima
con voracidad rabiosa.
Hízose atrás el bandido
empuñando su tizona,
y lanzando un grito agudo
que vibró largo en la atmósfera.
El eco en largo gemido
lo llevó de roca en roca
de las ásperas montañas
por las soledades cóncavas,
y al punto entre los peñascos
esta señal poderosa
hizo brotar seis bandidos

que de distancia harto corta
hicieron una descarga
oportuna y peligrosa.
Cayó Beatriz sin sentido
sin que humano ser la acorra,
y trabóse en la maleza
liza sangrienta y dudosa.
Iba á la par por momentos
aumentándose la tropa
que por instancias de Carlos
iba llegando de Córdoba,
y creciendo su cuadrilla
como en las grutas mas hondas
se internaban los bandidos
con precaucion previsora.
Oíase entre el tumulto
la voz recia y vigorosa
de los jefes que mandaban,
y la voz aterradora
de los que heridos gemían
con las postreras congojas.
Mas se retraen los bandidos
que la peor parte logran,
y los soldados avanzan
aunque en marcha cautelosa.
De mata en mata, de arbol

en arbol, de roca en roca,
ganan los unos la tierra
que los otros abandonan:
y asi seguían trepando
por las cuestas montañosas,
cuando cesó de repente
la liza tumultuosa.
Como obedece á un conjuro
turba de duendes diabólica,
cual desparecen al soplo
de un torbellino las hojas,
cual leve monton de espuma
que se sume entre las ondas,
hundiéronse los bandidos
entre la espesura lóbrega.
Hicieron alto los otros
temiendo emboscada próxima,
comentariando las causas
de tan extraña maniobra.
Dueños del campo se quedan,
mas parece su victoria
más que triunfo vencimiento,
pues nadie traspasar osa
á la otra parte del monte,
ni nadie la suerte próspera
con voz alegre celebra

de las armas vencedoras.
Volviéronse recelosos
por las gargantas tortuosas
de la montaña á la quinta;
y antes de apuntar la aurora,
sin atreverse á seguir
del bandido la derrota,
con dos ó tres prisioneros
se tornaron para Córdoba.
Y en vano los tribunales
á los presos interrogan,
fieles á su capitan
van en silencio á la horca.

X

En rápida barquilla
de flores coronada,
las cristalinas ondas
surcamos al nacer,
y el ánima inocente
navega confiada
en cándida ignorancia
sin riesgos que temer.

¡Ay! es tan bello entonces
el mar! ¡tan engañoso
sus limpias aguas dora
reverberando el sol!
¿Quién no se augura entonces
un dia tan dichoso,
cual bello es su tranquilo
y espléndido arreból!

Mas ¡ay! cual son del hombre
los vanos pensamientos,

los planes de ventura,
de dicha y ambicion!
Eternamente mira
fallidos sus intentos,
y solo alcanza sombras
su pobre corazon.

Borrascas de la vida
las sórdidas pasiones
de la ventura humana
se lanzan sobre el mar.
Del porvenir el faro
espesos nubarrones
sorben, y va la nave
sin rumbo y al azár.

¿Quién guia su barquilla
perdida y maltratada
por las tinieblas densas
de la tormenta atroz?
¿A qué remota orilla
podrá desconsolada
llegar del marinero
la moribunda voz?

Los vientos arrebatan
sus lúgubres lamentos,
mas no para que lleguen

á oidos de piedad;
los llevan para ahogarlos
en medio de los vientos,
para aumentar con ellos
la horrenda tempestad.

Todo en redor es noche;
en vano el ojo anhela
la luz hallar lejana
de un astro tutelar;
tinieblas ve tan solo;
ni un astro, ni una vela
por el nublado cielo,
por el furioso mar.

¿Adonde está, hácia dónde
la abandonada orilla?
¿adonde la esperanza
que nos lanzó á salir
de la segura playa?
¡Ay mísera barquilla,
ya Dios tan solo sabe
cuál es tu porvenir!

¡Tal es de las pasiones
el lóbrego misterio!
¡el mar desconocido
de nuestra suerte tal!

Amor nos lleva á ciegas
por su escabroso imperio,
llamando paraiso
lo que es un arenal.

Así camina á ciegas
la niña enamorada,
asi Beatriz navega
el mar de su pasion,
batida de los vientos,
de escollos circundada,
en su barquilla frágil
sin vela y sin timon.

Las viles asechanzas
de su ambicioso hermano
la minan su ventura,
la acechan por do quier.
¿Qué hará, mansa paloma
en garras del milano?
¿contra el injusto mundo
qué hará débil mujer?

Un voto, (que hizo al cabo
supersticion impía)
á odiosa la condena
y eterna reclusion...
Cuando ella enamorada

lamenta noche y dia
el ídolo perdido
que adora el corazon.

¿Qué ha sido de Don Cesar?
¿quién fue, ¡contrario infame!
de la nocturna cita
el miserable autor?
En vano es que le busque,
en vano que le llame,
acaso las montañas
son tumba de su amor.

¡Terrible fué el combate!
tremendo era el ruido
que por las huecas peñas
cruzía sn cesar:
de las descargas recias
el cóncavo estampido
no puede de su mente
ni oidos desechar.

¡Ay! vió los prisioneros;
ha visto los heridos;
mil veces de la lucha
oyó la relacion;
no dan los vencedores,
no tienen los vencidos

noticias del que adora
su triste corazon.

Las noches pasa enteras
velando en su ventana,
los ojos en la selva
por si le ve llegar;
y acláranse las sombras,
y apunta la mañana,
y á quien aguarda ansiosa
no llega á su pesar.

Si la ama cuando sabe
que abandonada queda,
cuando su amor oculto
tal vez le confesó,
¿será que desprenderse
de sus promesas pueda?
¿será que solo quiso
escarmentarla? ah, no.

Que oyó las decididas
palabras generosas
que dirigió á Don Carlos
de su ventana al pie.
Cuando dejar ansiando
sus cuevas montañosas
pidió su mano en prenda

de su futura fe.

Y asi camina á ciegas
la niña enamorada,
asi Beatriz navega
el mar de su pasion.
Batida de los vientos,
de escollos circundada
su mísera barquilla
sin vela y sin timon.

¡Tal es de las pasiones
el lóbregro misterio,
el mar desconocido
de nuestra suerte tal!
Amor nos lleva á ciegas
por su escabroso imperio,
y llama paraiso
lo que es un arenal.

XI

Al cabo de unos dias en la estancia
de la triste Beatriz, Carlos entró,
severo el gesto, pálido el semblante
y alegre el corazon.

Que aunque pesar, vigilia y sufrimiento
remeda con hipócrita exterior
recóndito placer mora en su alma,
colmando su traicion.

Con gesto frio, con desden altivo,
que muestra que le infunde solo horror,
y sin volver el rostro por no verle,
Beatriz le recibió.

Y él en pie en la mitad del aposento,
ella hundida en el cóncavo sillon,
entre el hermano y la infeliz hermana
tal plática cruzó.

DON CARLOS.

Ya ves que el tiempo se pasa,
y dice el Doctor que ya
tu salud completa está.
¿Qué hacemos en esta casa?

BEATRIZ.

No disimules hermano
lo que pretendes de mí,
que estoy hecha á ver en tí
mas que un amigo un tirano.

DON CARLOS.

En mí Beatriz! ¿qué razon?

BEATRIZ.

Deja esa humildad, que es vana
para quien de esa ventana
oyó una conversacion.

DON CARLOS.

¡Qué dices!

BEATRIZ.

Lo cierto digo:
ha de ser monja dijiste
pese á quien pese.

DON CARLOS.

¿Lo oiste

tú?

BEATRIZ.

Sí, por ese postigo.

DON CARLOS.

Pues bien, ya no hay disimulo,
pues lo oiste eso ha de ser;
que tu no te has de oponer
al santo voto calculo.

BEATRIZ.

Mucho me abrieron los ojos
sus razones, y por eso
que siento en mi te confieso
de no ir al convento antojos.

DON CARLOS.

¿Qué es lo que hablas, Beatriz?

BEATRIZ.

Joven y hermosa, á mi ver
me figuro que he de ser
en el mundo mas feliz.
Justo es consagrarse á Dios
con un corazon leal,
pero se parte muy mal
un corazon entre dos.

DON CARLOS.

¡Le amas! infame.

BEATRIZ.

Sí, le amo.
Desque vi tu falsedad,
de su amor mi voluntad
escuchó el dulce reclamo.
Terrible es la tentacion
y en mi resistir no cabe,
mas Dios es benigno, y sabe
que hizo flaco al corazon.
Un vértigo irresistible
mi mente débil trastorna,
y en otra mujer me torna
un talisman invisible.
Amparo en mi duelo imploro,
mas en alas del deseo
por todas partes le veo,
en todas partes le adoro.

DON CARLOS.

¡Oh vil corazon de tierra,
que consagrado al altar
no quieres impío ahogar
el amor que en ti se encierra!
¿Sabes que el convento es
tu fatalidad, tu sino?
es el único camino

que te se abre ante los pies.
Cuantos mundanales lazos
le interpongas ¡insensata!
ese poder los desata,
sí, los hace mil pedazos.
Corre, pues del mundo en pos,
mas mira, necia mujer,
como se muestra el poder
y la voluntad de Dios.

Y asi Carlos diciendo, unos papeles
á Beatriz atónita entregó
y al recibirlos su abrasada mano
tembló y su corazon.
Asaltóla fatal presentimiento,
y una ojeada veloz
echando á los papeles, la sentencia
del bandido leyó.

Preso en su fuga en ominosa carcel
fue sepultado y condenado en pos,
y en el dia siguiente ser debiia
puesto en manos del fiero ejecutor.

* * *

Los ojos á la fecha del impreso
la desolada Beatriz tendió,

y desplomóse en tierra sin sentido.

La fecha era tres dias anterior.

XII

Treinta dias despues, una mañana,
en una estrecha celda del convento
donde estuvo Beatriz, agudo acento
sonó de una campana.
Y á su cóncavo son estremecidas
dos personas que habia en su recinto,
en un suspiro lúgubre y distinto
dieron señal de conservar sus vidas.
Mas de un ahora de silencio triste
dentro del aposento ambas pasaron,
severo el hombre y la mujer llorosa:
mas de una hora lenta y silenciosa
la campana esperaron.
Una mujer y un hombre
los que aguardaban eran,
ella en espeso velo
velar quiere su faz, y desconsuelo,
y en consecuencia callaré su nombre.

El hombre era un mancebo que embozado
sin ceremonia alguna hasta los ojos
mostraba los enojos
que tal vez le traian acuitado,
en su inquieta mirada
y en su postura incómoda y forzada.
De la campana al son él fue el primero
que se alzó de su silla,
y la faz melancólica, amarilla
de Don Carlos mostró bajo el sombrero.
Fijó en su compañera
una de sus miradas
confusas y taimadas,
entre desconfiada y altanera,
y con pausada voz y bronco acento
asi la dijo, y contestóle ella
de grave reflexion tras un momento.

DON CARLOS.
¿Con que profesas por fin?
BEATRIZ.
ES la voluntad de Dios.
DON CARLOS.
Y te sometes con gusto.
BEATRIZ.
Con santa resignación.

Cuanto estorbarlo pudiera
de delante me quitó,
abrió bajo de mis plantas
la senda de salvacion,
y el rumbo de mi destino
tan claramente marcó,
que no tuve voluntad
ni escusa en tal eleccion.
Amor sentí solamente
por un hombre que murió,
y por el cual siempre hubiera
vacilado el corazon.
Tal vez en este momento,
al elegirme un señor,
tornárame á él si viviera,
mas no es dura imposicion
la que de este amor exige
el destino vengador,
si me condena á vivir
en silencio y oracion,
rogando por él al cielo
que mi inocencia miró.
Y ost baste hermano mio
de esta asunto entre los dos,
olvido al umbral del claustro
lo que en el mundo pasó.

Sed, pues, hermano Don Carlos
en él tan dichoso vos
como en mi celda encerrada
ser dichosa espero yo.
Yo os perdono los pesares
de que habeis sido ocasion,
todo cuanto á mi toca,
el mal que á él hicisteis, no.

DON CARLOS.

Fue guerra noble y leal,
suya la provocacion,
tuve mas suerte ó mas tino,
y yo vencí y él cayó.

BEATRIZ

Callad hipócrita vil,
callad lengua de escorpion,
no le vencisteis cual noble,
le vencisteis cual traidor.

DON CARLOS.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

Basta: vendrá un dia
en que á la par el y yo
os demandemos su muerte
ante el tribunal de Dios.

DON CARLOS.

No faltaré á responderos.

BEATRIZ.

Basta, hombre sin corazon;
quede desde este momento
todo el mundo entre los dos.
Yo cumple asi de mi Madre
el voto, y guardo mi honor,
y vos cumplis los deseos
de vuestra enorme ambicion.

Y en esto oyéronse pasos
en el largo corredor
do estaba abierta la celda
y entraron en procesion
con blandones en las manos,
grande aparato y rumor,
las monjas con el obispo
que á la monja apadrinó,
y el coro de los cantores
y el padre predicador.
Y tras muchas ceremonias,
y tras de larga oracion,
llevaron á Beatriz
al ara en que profesó.
Nadie preguntó en la iglesia
si tenia vocacion

para monja la novicia,
ni si iba gustosa ó no.
Hubo por oir y ver
las ceremonias mejor
alfilerazos de á tercia,
grita, vaiven y empujon.
Mucha música de orquesta,
mucho chantre de honda voz,
muchos chicos, muchos calvos,
muchos mozos de intencion
muy profana, y de curiosos
incomparable monton,
muchísima irreverencia
y muchísimo calor.
Y con esta tumultuosa
solemne inauguracion
vió el pueblo una fiesta mas
y Beatriz monja quedó.

XIII

Una semana despues,
y en noche sombría y triste,
mientras doblaba en la torre
el esquilon de maitines,
por un callejon estrecho
y lóbregro, donde límites
tiene el convento, y do llegan
las tapias de los jardines,
ponia un hombre una escala
sobre ellas, y á que le inviten
con seña quedó esperando
de aquella escala á servirse.
Favorécele la noche,
que es tan oscura, que impide,
que las tinieblas rasgando
ni un astro en el cielo brille.
Aspero viento de octubre
azota la tierra, y gime

próxima lluvia anunciando
con neblina imperceptible.
Todo en la ciudad reposa,
ni un viviente se percibe
por las calles, ni una luz
que turbia las ilumine.
Solo á lo lejos se escuchan
las agudas y sutiles
notas del canto del gallo,
y el ronco son que al oirle
lanzan ladrando los perros
y que los ecos repiten,
y no hay en el barrio entero
quien por el barrio vigile.
Medrosas horas son estas,
y que el espíritu afligen,
porque despiertan los vanos
sueños que en el alma viven,
horas en que mil fantasmas
se levantan invisibles,
y alrededor nuestro vagan
y que nuestra fe persiguen
por ver si logran acaso,
que la fe nuestra vacile
con el pavor y el recelo
que al corazon comuniquen.

Horas medrosas son estas,
porque siempre las eligen
los que crímenes proyectan
para sus juntas y crímenes.
Mas sin pavor ni recelo,
con ánimo osado y firme,
el de la escala la calle
con pasos pausados mide.
De cuando en cuando parándose
hasta el aliento reprime
por si oye lo que sin duda
espera que ha de advertirle.
Mas ni la calma le enoja,
ni la neblina que sigue
calando sutil su capa:
ni en si pueden descubrirle
piensa, segun lo tranquilo
que permanece, el repique
oyendo del esquilon
y el eco de los maitines,
que viene á ahogarse en los aires
que hiende apenas sensible.
Señal cautelosa en esto
sonó dentro los jardines
del convento, y de la escala
empezó el hombre á servirse.

Recogióla desde arriba
y comenzando á escurrirse
del lado opuesto, la calle
dejó enteramente libre.

* * *

Y en un retirado asiento,
escondido entre unos árboles,
entre sentada y tendida
una mujer triste yace.
Y el hombre que por las tapias
saltó, á sus pies arrojándose
asi la dice, y asi ella
en los brazos estrechándole.

ELLA.

¡Con que es verdad que no has muerto!

ÉL.

Solo un hombre tan infame
como tu hermano pudiera
tan gran falsedad contarte.

ELLA.

Mas yo leí tu sentencia.

ÉL.

Si, pero tres dias antes
del indulto que el Rey quiso,

como yo esperaba, enviarme.

ELLA.

¡Ay necia que lo he creido!

ÉL.

Espero que sincerarme
no necesito contigo
de mis hechos ni mi sangre.

ELLA.

No, Cesar, que los conozco
desque una noche escuchándote
os sorprendí en mi ventana,
pidiendo á Dios que me amases
como yo te amaba á tí
de verte desde el instante.

DON CESAR.

Maldita sea, Beatriz,
mi fortuna miserable!
Si entonces mi entendimiento
el porvenir penetrase,
no con tu hermano mi tiempo
pasara en pláticas tales.
El corazon á estocadas
valiera mas traspasarle.
¡Oh! mi conciencia está libre,
mis hazañas criminales

como chistes se celebran;
poseo riquezas grandes
y un valor tradicional
que de mucho me precave;
yo tengo Patria y amigos;
mas, ¿qué todo ello me vale
si el único bien que anhelo
es solo el que no me cabe?
¡Ah te engañaron, Beatriz,
y á mi debieron matarme!

BEATRIZ.

Me aterras, Cesar! ¿Acaso
mi monjío es mal tan grave
que no queda medio alguno...?

DON CESAR.

¡Oh, calla inocente! nadie
puede romper tus cadenas
con motivo semejante.
Si la voluntad de todos
en este negocio entrase,
yo lo compusiera en Roma
á costa de mis caudales.
Pero opuesta tu familia
mas que á tu amor á tu enlace,
y expuestos de ese Don Carlos
á los ardides cobardes

es imposible del todo.

BEATRIZ.

Tu quieres desesperarme;
tus palabras son efugios
solo para abandonarme.

DON CESAR.

Calla, Beatriz, que me ofendes:
no hay sacrificios capaces
de contener mi ardimiento
cuando de tu amor se trate.

BEATRIZ.

Pues bien, huyamos de aquí,
Cesar; de este infierno sácame,
donde sabiendo que vives
imposible es sujetarme.
Yo misma, sí, con mis manos,
sin que mucho tiempo tarde
me daré muerte, si pronto
no me matan mis pesares.
Sé, Cesar, que son ahora
mis intentos criminales,
mas no me culpen á mí
sino a la suerte implacable.

DON CESAR.

Pero y los votos!

BEATRIZ.

Son nulos
pues los pronuncié ignorante,
despechada de perderte,
de la voluntad sin parte.

DON CESAR.

Ay Beatriz, todo el mundo
no pudiera, no, aterrarme
con su justicia impotente,
ni sus leyes despreciables,
no hay peligros en la tierra
que me arredren ni me espanten,
mas creo en el cielo y temo
contra su ley revelarme!

BEATRIZ

(levantándose.)

Ya me lo temía, ¡imbécil!
A Dios para siempre, parte!

DON CESAR.

Aguarda, Beatriz, escucha.

BEATRIZ.

Ya á espacio podrás hallarme.

DON CESAR.

¿Adonde?

BEATRIZ.

En la eternidad,
á donde voy á esperarte.

DON CESAR.

No, vive Dios; despechada
no has de quedar, ni marcharme
podré yo falso creyéndome,
ni asi enojada dejándote.
Habla, ¿qué quieres? ¿qué exiges?
Los horrendos peñascales
de Córdoba están abiertos:
si las fronteras distantes;
si no hay tiempo á otras regiones
lejanas para llevarte
volveré á ser bandolero.
¡Elige, pues, si te place!

BEATRIZ.

Ah, tú eres, sí, te conozco
en tus ofertas leales;
tú eres, sí, tú eres mi Cesar
siempre generoso y grande.
Vamos, pues.

DON CESAR.

Hoy imposible:

nuestra fuga que prepare
deja, ó disponte á morir
malogrados esos places
de felicidad futura.

BEATRIZ.

¿Cuándo, pues?

DON CESAR.

¿Cuándo? cuanto antes.

BEATRIZ.

Mañana mismo.

DON CESAR.

Mañana.
Yo haré que nada nos falte;
caballos, oro y amigos
que las espaldas nos guarden.

BEATRIZ.

A Dios, pues, y hasta mañana,
que ya las hermanas salen
del coro, y acaso á mi celda
vaya alguna á visitarme
de mi salud cuidadosa.

DON CESAR.

Ve, y mañana alerta estate.
Cruzó la monja el jardin,
y el bandido asegurándose

de la pared por la escala
volvió á bajar á la calle.
Quedó otra vez en silencio
todo allí, y volvió á escucharse
en la oscuridad tranquila
el son del agua y del aire.

XIV

Una semana despues,
y en noche sombría y triste,
mientras doblaba en la torre
el esquilon de maitines,
por un callejon estrecho
y lóbregro, donde límites
tiene el convento, y do llegan
las tapias de los jardines,
ponia un hombre una escala
sobre ellas, y á que le inviten
con seña quedó esperando
de aquella escala á servirse.
Favorécele la noche,
que es tan oscura, que impide,
que las tinieblas rasgando
ni un astro en el cielo brille.
Aspero viento de octubre
azota la tierra, y gime

próxima lluvia anunciando
con neblina imperceptible.
Todo en la ciudad reposa,
ni un viviente se percibe
por las calles, ni una luz
que turbia las ilumine.
Solo á lo lejos se escuchan
las agudas y sutiles
notas del canto del gallo,
y el ronco son que al oirle
lanzan ladrando los perros
y que los ecos repiten,
y no hay en el barrio entero
quien por el barrio vigile.
Medrosas horas son estas,
y que el espíritu afligen,
porque despiertan los vanos
sueños que en el alma viven,
horas en que mil fantasmas
se levantan invisibles,
y alrededor nuestro vagan
y que nuestra fe persiguen
por ver si logran acaso,
que la fe nuestra vacile
con el pavor y el recelo
que al corazon comuniquen.

Horas medrosas son estas,
porque siempre las eligen
los que crímenes proyectan
para sus juntas y crímenes.
Mas sin pavor ni recelo,
con ánimo osado y firme,
el de la escala la calle
con pasos pausados mide.
De cuando en cuando parándose
hasta el aliento reprime
por si oye lo que sin duda
espera que ha de advertirle.
Mas ni la calma le enoja,
ni la neblina que sigue
calando sutil su capa:
ni en si pueden descubrirle
piensa, segun lo tranquilo
que permanece, el repique
oyendo del esquilon
y el eco de los maitines,
que viene á ahogarse en los aires
que hiende apenas sensible.
Señal cautelosa en esto
sonó dentro los jardines
del convento, y de la escala
empezó el hombre á servirse.

Recogióla desde arriba
y comenzando á escurrirse
del lado opuesto, la calle
dejó enteramente libre.

* * *

Y en un retirado asiento,
escondido entre unos árboles,
entre sentada y tendida
una mujer triste yace.
Y el hombre que por las tapias
saltó, á sus pies arrojándose
asi la dice, y asi ella
en los brazos estrechándole.

ELLA.

¡Con que es verdad que no has muerto!

ÉL.

Solo un hombre tan infame
como tu hermano pudiera
tan gran falsedad contarte.

ELLA.

Mas yo leí tu sentencia.

ÉL.

Si, pero tres dias antes
del indulto que el Rey quiso,

como yo esperaba, enviarme.

ELLA.

¡Ay necia que lo he creido!

ÉL.

Espero que sincerarme
no necesito contigo
de mis hechos ni mi sangre.

ELLA.

No, Cesar, que los conozco
desque una noche escuchándote
os sorprendí en mi ventana,
pidiendo á Dios que me amases
como yo te amaba á tí
de verte desde el instante.

DON CESAR.

Maldita sea, Beatriz,
mi fortuna miserable!
Si entonces mi entendimiento
el porvenir penetrase,
no con tu hermano mi tiempo
pasara en pláticas tales.
El corazon á estocadas
valiera mas traspasarle.
¡Oh! mi conciencia está libre,
mis hazañas criminales

como chistes se celebran;
poseo riquezas grandes
y un valor tradicional
que de mucho me precave;
yo tengo Patria y amigos;
mas, ¿qué todo ello me vale
si el único bien que anhelo
es solo el que no me cabe?
¡Ah te engañaron, Beatriz,
y á mi debieron matarme!

BEATRIZ.

Me aterras, Cesar! ¿Acaso
mi monjío es mal tan grave
que no queda medio alguno...?

DON CESAR.

¡Oh, calla inocente! nadie
puede romper tus cadenas
con motivo semejante.
Si la voluntad de todos
en este negocio entrase,
yo lo compusiera en Roma
á costa de mis caudales.
Pero opuesta tu familia
mas que á tu amor á tu enlace,
y expuestos de ese Don Carlos
á los ardides cobardes

es imposible del todo.

BEATRIZ.

Tu quieres desesperarme;
tus palabras son efugios
solo para abandonarme.

DON CESAR.

Calla, Beatriz, que me ofendes:
no hay sacrificios capaces
de contener mi ardimiento
cuando de tu amor se trate.

BEATRIZ.

Pues bien, huyamos de aquí,
Cesar; de este infierno sácame,
donde sabiendo que vives
imposible es sujetarme.
Yo misma, sí, con mis manos,
sin que mucho tiempo tarde
me daré muerte, si pronto
no me matan mis pesares.
Sé, Cesar, que son ahora
mis intentos criminales,
mas no me culpen á mí
sino a la suerte implacable.

DON CESAR.

Pero y los votos!

BEATRIZ.

Son nulos
pues los pronuncié ignorante,
despechada de perderte,
de la voluntad sin parte.

DON CESAR.

Ay Beatriz, todo el mundo
no pudiera, no, aterrarme
con su justicia impotente,
ni sus leyes despreciables,
no hay peligros en la tierra
que me arredren ni me espanten,
mas creo en el cielo y temo
contra su ley revelarme!

BEATRIZ

(levantándose.)

Ya me lo temía, ¡imbécil!
A Dios para siempre, parte!

DON CESAR.

Aguarda, Beatriz, escucha.

BEATRIZ.

Ya á espacio podrás hallarme.

DON CESAR.

¿Adonde?

BEATRIZ.

En la eternidad,
á donde voy á esperarte.

DON CESAR.

No, vive Dios; despechada
no has de quedar, ni marcharme
podré yo falso creyéndome,
ni asi enojada dejándote.
Habla, ¿qué quieres? ¿qué exiges?
Los horrendos peñascales
de Córdoba están abiertos:
si las fronteras distantes;
si no hay tiempo á otras regiones
lejanas para llevarte
volveré á ser bandolero.
¡Elige, pues, si te place!

BEATRIZ.

Ah, tú eres, sí, te conozco
en tus ofertas leales;
tú eres, sí, tú eres mi Cesar
siempre generoso y grande.
Vamos, pues.

DON CESAR.

Hoy imposible:

nuestra fuga que prepare
deja, ó disponte á morir
malogrados esos places
de felicidad futura.

BEATRIZ.

¿Cuándo, pues?

DON CESAR.

¿Cuándo? cuanto antes.

BEATRIZ.

Mañana mismo.

DON CESAR.

Mañana.
Yo haré que nada nos falte;
caballos, oro y amigos
que las espaldas nos guarden.

BEATRIZ.

A Dios, pues, y hasta mañana,
que ya las hermanas salen
del coro, y acaso á mi celda
vaya alguna á visitarme
de mi salud cuidadosa.

DON CESAR.

Ve, y mañana alerta estate.
Cruzó la monja el jardin,
y el bandido asegurándose

de la pared por la escala
volvió á bajar á la calle.
Quedó otra vez en silencio
todo allí, y volvió á escucharse
en la oscuridad tranquila
el son del agua y del aire.

XV

Si debe temer al cielo
quien en nombre suyo jura,
por un objeto de tierra
promesa mundana y sucia.
¿Qué no ha de temer quien votos
á faz del cielo pronuncia,
y temerario los rompe
y con voluntad segura?
Asi los sabios lo dicen,
y las sacras Escrituras
cuentan ejemplos que muestran
de Dios la venganza justa.
No hay nadie que á Dios iguale,
y con ningun ser en suma,
lo que se le ofrece á Dios
puede dividirse nunca.

Es la apalabrada noche
para la resuelta fuga

de Beatriz, y la hora
señalada el reló anuncia.
Don Cesar está en la calle
á la sombra de la única
puerta que hay en toda ella,
y entre dos postes oculta.
Beatriz en la misma hora
con planta medrosa cruza
del gótico monasterio
las galerías oscuras.
Su misma accion criminal
que su conciencia la acusa,
el corazon y la mente
la amedrentan y la turban.
Flaquéanle las rodillas,
y con la congoja suda,
y mil temores la asaltan,
mil diabólicas figuras
presentándola á los ojos
que feas sombras la anublan,
y de medrosas memorias
recordándola ancha turba.
Una bujía en la mano
lleva, que apenas alumbra
sus pasos, porque vacila
al soplo del aura húmeda,

y cuyo explendor escaso
tragan, consumen y ofuscan
las jigantes dimensiones
de las estancias que ocupa.
Llegó por fin poco á poco
á merced de su luz turbia,
al coro que abandonado
yace en soledad profunda.
Ante un altar do hay un Cristo
de primorosa escultura,
una lámpara de plata
esparce luz moribunda.
Ya sus trémulos reflejos
en muchedumbre confusa,
cuantos objetos se alcanzan
se confunden y se ofuscan.
Una llamarada á veces
todos los mezcla y los junta,
de modo que se recela
que las bóvedas se hundan;
y otra llamarada á veces
con su claridad sulfúrea
los aleja de tal modo
que se pierden en la hondura
de la masa de tinieblas
en que los cerca y sepulta.

Fuerza es que á la pobre monja
respeto y pavor infunda
tal lugar, y con el miedo
que sus creencias abulta.
Mas con un violento esfuerzo
sobre su misma pavura,
avanzó al medio del coro
hácia la puerta que busca.
Involuntario respeto,
fe que el corazon la impulsa
en semejante momento,
y antigua costumbre justa,
la hicieron arrodillarse
ante la santa escultura
del divino Redentor.
Mas ¡cielos! ¡cuál fue su angustia
cuando al querer levantarse
sintió que una mano enjuta
la asía por los cabellos.
Y una voz oyó mas ruda,
mas poderosa que el eco
que con el trueno retumba,
que la dijo: «dónde vas!»
enojada é iracunda.
Cayó Beatriz en tierra
sin sentidos que la acudan,

y pagándose la lámpara
todo quedó en sombra muda.

Pasaba en tanto la noche,
y allá en la calle Don Cesar,
hora tras hora aguardando
pasaba la antigua seña.
Mas nada en torno se escucha,
nada en los jardines suena
mas que el rumor de las ramas
que agita el viento que arrecia.
La lluvia cae aumentándose
tan furiosa y tan espesa,
que aun á pesar del embozo
la faz le azota y le ciega.
Noche de angustia y de duelo,
terrible noche es aquella
en que hasta los elementos
á sus proyectos atentan.
Por fin de esperar cansado,
y viento ya al alba cerca,
juzgó que para otra noche
su fuga la monja deja.
Mañana volveré, dijo,
en los oficios á verla
y explicará este misterio
una carta ó una seña.

Y asi pensando, embozándose
precavido hasta las cejas,
á abandonar se dispuso
la lóbrega callejuela.
Mas al llegar a la esquina
otro embozado que llega
de la otra parte á doblarla
casi por la misma acera:
«¿Quién va?» dijo echando mano
al estoque.— «Sea quien quiera,
»pasad por vuestro camino
»que estorbároslo no intenta»
—Yo conozco vuestra voz.
—Y yo conozco la vuestra.
—No me ayuda la memoria
á poder reconocerla.
—Ni á mi tampoco, aunque siento
que la sangre se me altera
tan solo con escucharla.
—Mas ¡voto á Dios, tú eres Cesar!
—Y tu Carlos. —Sí. —Defiéndete.
—Y tú tambien, porque acierta
mi corazon el motivo
porque en tal sitio te encuentras.
—Por tu hermana solamente
que te maldice en su celda,

y que de toda su vida
te pedirá un dia cuentas.
—No serán mientras yo aliente
realizadas sus ideas.
—Habla menos y da mas
que se agota mi paciencia.
—Ven pues.
—Voy y Dios te ayude,
que pues nos junta lo aprueba.

Chocáronse con estrépito
las hojas en las tinieblas,
y comenzaron las manos
donde acabaron las lenguas.
Con ira riñe Don Carlos,
y con coraje Don Cesar,
y ambos muestran igual brio
y entrambos igual destreza.
Ni el uno ni el otro ceden,
ni pierden un pie de tierra,
clavados están los dos
por las plantas á las piedras.
Cansado Don Carlos ya
de ver tan igual pelea,
todo á un golpe lo aventura
con cólera manifiesta;
mas una fiera estocada

al tirar contra Don Cesar,
y huyendo este, y dando en vago
fuésele el cuerpo tras ella.
Y el enemigo que á tiempo
ventaja tal aprovecha,
pasóle de parte á parte,
y dió blasfemando en tierra.
Brotó espumosa la sangre
por las dos bocas opuestas
que en la espalda y en el pecho
dejó el ancho hierro abiertas,
y el espíritu Don Carlos
lanzando á la par por ellas,
quedó en la calle sin vida,
y huyó vengado Don Cesar.

Conclusión

A la mañana siguiente
y apenas despuntó el sol,
ya Don Cesar á la puerta
del convento se apostó:
y apenas abrió el portero
el claveteado porton,
en un rincon de la iglesia
cual siempre se colocó.
La hora de los oficios
vibró lenta en el reló,
y doblaron las campanas
con desusado clamor.
Fueron al coro las monjas
saliendo de dos en dos,
y colocándose fueron
de un féretro en derredor;
y en vez de salmos alegres
de los justos en loor

los salmos de los difuntos
cantaron en ronco son.
Sus solícitas miradas
por todo el coro tendió
Don Cesar, mas quedó al punto
petrificado de horror.
La sangre cesó en sus venas
de hervir, y en el corazon
como témpano de hielo
toda á un tiempo se agolpó.
Espesa niebla en los ojos
con rápida oscilacion
le confundió los objetos,
y al cabo le mareó.
—Es ella! dijo espantado,
y entendiendo con pavor
todo el horror del suceso
ante las verjas cayó!

La muerte de Beatriz,
con religioso temor,
un hombre al volver en sí
ya en la calle le contó.
Y aunque dió á toda la historia
profana interpretacion,
en ella entendió Don Cesar
el llamamiento de Dios.

Bañado en amargo llanto
á los pies de un confesor
el espantoso relato
depuso de su pasion.
El amor de Beatriz,
con el rapto que intentó,
y la muerte de Don Carlos
hecha en la noche anterior;
y traspasada su alma
de hondísima contracion,
á las montañas de Córdoba
desesperado volvió.
Mas no pensó en habitarlas
como oculto salteador,
sino como penitente
pidiendo al cielo perdon.

Índice

Introducción	4
I	19
II	24
III	36
IV	43
V	49
VI	53
VII	66
VIII	77
IX	85
X	96
XI	103
XII	109
XIII	115
XIV	126
XV	137
Conclusión	145